IV

Don Juan de Caralmuro

MURILLO y Jorge se dirigieron audazmente y con ese valor que dan la juventud y la conciencia de una buena causa, por las calles principales, hasta llegar á la primera de San Francisco.

Algunas veces encontraban soldados y oficiales franceses ó imperialistas, y al principio sentían una extraña mezcla de indignación y temor; pero nada podían allí contra ellos, y esto templaba su cólera; y ellos estaban tan cambiados que no podían ser reconocidos, y esto disipaba su temor.

Llegaron por fin á la calle de San Francisco, y Murillo entró resueltamente en una hermosa casa, que casi tenía la apariencia de un palacio.

Una elegantísima berlina con dos magníficos caballos

prietos, ricamente enjaezados, estaba al pie de la escalera; varios lacayos con severas libreas azules cruzaban por el patio, y al derredor de él, atados en las argollas que pendían de las paredes, se veían soberbios caballos de tiro y de silla.

Eduardo se dirigió al viejo portero, que sentado al sol en una especie de silla sin respaldo, leía un periódico con el auxilio de unos lentes redondos, montados en hoja de lata, y que cabalgaban sobre sus narices, comprimiéndolas hasta volver gangoso al individuo.

—¿Vive aquí el señor don Juan de Caralmuro?

—Sí, señor, dijo el portero sin dignarse apartar la vista de su periódico.

—¿Estará en casa?

—Suba usted.

Esta no es una respuesta, pero así dicen los porteros, para evitar el que á su contestación afirmativa siga la pregunta que ellos suponen casi segura: ¿podré hablarle?

Los porteros de las casas opulentas economizan palabras y cumplidos.

Son como los buldogs, capaces de desconocer á su mismo amo, si le ven con un traje distinto.

Eduardo y Jorge conocían que aquel permiso del portero era el todo.

Hay en todas las plazas fuertes un punto del que se dice: «tomado tal punto, está tomada la plaza.»

En las casas de los grandes, ó en los ministerios, tomado el portero, está tomada la casa; el portero da el exequátur.

Los dos amigos comenzaron á subir lentamente la escalera, y el viejo portero, sin dejar por supuesto su lectura, alargó con negligencia la mano, y tiró del cordón de una campanilla, que produjo un ligero repique: aquel repique anunciaba las visitas, y marcaba el «hasta aquí» de la responsabilidad porteril.

Un criado salió al corredor, y se acercó sin hablar.

—¿El señor Caralmuro? dijo Murillo.

—Pasen ustedes á la sala, voy á avisarle.

—Eduardo Murillo, dijo Eduardo.

Y siguió por el corredor y entró en la sala con su amigo.

Todo en aquella casa anunciaba no sólo la opulencia, sino el gusto y la elegancia: magníficos muebles, ricas alfombras, colgaduras y tapices de seda; mármoles, bronces, espejos, pinturas; candelabros y adornos caprichosos y de exquisito trabajo; todo esto combinado de la manera más artística y graciosa.

Y sin embargo, se notaba que en aquella casa faltaba la vida: no se escuchaba más ruido que el de los caballos que piafaban en el patio y el que hacían abajo los criados hablando ó silbando alguna canción popular.

—Aquí no debe haber señoras, dijo Jorge.

—En efecto, contestó Murillo: Caralmuro no tiene familia, y le sirven sólo criados varones. ¿Pero en qué lo conoces?

—¡Vaya! en mil cosas. En primer lugar, nota que habiendo aquí tanto lujo, no hay un piano; tampoco hemos visto en el corredor pájaros de ninguna especie; las macetas míralas tan severamente arregladas, que denuncian la mano de un jardinero, y no la dirección de una señora: además, nota en el mármol de las mesas y en el dorado de esos marcos, polvo; y las señoras no se llevan con el polvo, mientras los hombres, por muy delicados que sean en el aseo de sus casas, hacen de esto poco aprecio.

—Tienes razón.

Una de las puertas se abrió sin hacer el menor ruido, y el dueño de la casa se presentó: los dos amigos se pusieron en pie, y Eduardo se adelantó á saludarle.

Don Juan de Caralmuro era un hombre como de cincuenta años de edad, aunque sus cabellos estaban casi blancos, trigueño, con una hermosa y despejada frente, completamente rasurado: tenía una blanquísima dentadura que mostraba á menudo en su benévola sonrisa, y alumbraban su rostro dos ojos grandes, negros y penetrantes.

—¡Eduardito! dijo abrazando cariñosamente á Murillo: ¡cuánto gusto tengo de verle! ¿Cómo ha ido de tra-

bajos? ¿cómo ha encontrado usted á su padre y á la familia?

—Muy bien, señor; muchas gracias, contestó Eduardo: tengo el gusto de presentar á usted á mi amigo Jorge Ruiz.

—Servidor de usted, dijo Jorge.

—Mucho gusto tengo en conocerle, contestó Caralmuro estrechando la mano de Jorge; ya los esperaba yo.

—¿Nos esperaba usted? exclamó Murillo.

—Sí, anoche recibí un papelito del general, en que me anunciaba á ustedes y me avisaba la toma de Zitácuaro.

—¿Pero cómo tan pronto, si nosotros no hemos perdido ni un día? ¿por qué conducto?...

—Deje usted, que esos son secretos de su general, dijo graciosamente Caralmuro: ya sé cuál es el objeto de ustedes al venir á México, y hablaremos algo hoy, porque un amigo me espera en el comedor.

—Entonces volveremos á otra hora, dijo Murillo.

—No hay necesidad: aprovecharemos el tiempo: en primer lugar, tengo orden de proporcionar á don Jorge lo que necesite para su curación, y él podrá decirme...

—Señor, interrumpió Murillo, Jorge viene conmigo, y en mi casa tendrá cuanto necesite: nosotros conocemos la escasez de fondos de nuestro ejército, y no le gravaremos, porque no es necesario.

—Dice muy bien Eduardo, señor, y yo tendría remor-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

dimiento si tomara algo para mí cuando nuestros soldados están tan infelices.

—Muy bien, jóvenes, muy bien: con patriotas como ustedes es preciso que triunfe una causa tan santa... Vamos á otra cosa: he mandado ya buscar los cápsules, y dentro de dos ó tres semanas podremos remitir con la señora que viene para llevarlos, una gran cantidad. ¿Usted ha de ver á esa señora?

—Tan pronto como llegue.

—Bien; usted me tendrá al tanto: ahora á lo que importa más: ¿ha pensado usted algo respecto de Romero?

—No, señor, acabo de llegar, y no sé qué habrá.

—Su causa va muy mal; hay gran empeño por fusilarle de parte de los franceses, y tanto, que creo que por ese lado toda esperanza está perdida; no nos queda más recurso que trabajar con Maximiliano para obtener el indulto, en el caso más que probable de que salga sentenciado á muerte; pero para esto es necesario conseguir certificados é informes que le favorezcan, sobre todo, respecto al ataque de Metepec.

—Señor, si hay hombres honrados que no teman decir la verdad, tendremos esos informes, porque todo el mundo ha visto siempre al coronel procurando dar garantías, contener á la tropa, y atenuar, en cuanto ha sido posible, los males de la guerra.

—Bueno; pues enviaremos á buscar estos informes: esta tarde me traerá usted una lista de las personas de quienes podemos valernos en Toluca, Tenango, Ixtlahuaca y Metepec.

—Está muy bien.

—Ahora vamos por el comedor á que tomen ustedes una taza de café, en compañía de uno de mis mejores amigos.

Caralmuro se levantó, y condujo á Jorge y á Murillo hasta el comedor, atravesando varias piezas, en las que se notaba el mismo lujo y la misma elegancia que en la que ya habían visto.

Un hombre de la misma edad casi que Caralmuro esperaba en el comedor, fumando un magnífico puro habano. Delante de él, encima de la mesa, un gracioso servicio de café, cuyas piezas tenían formas caprichosas, fantásticas verdaderamente, esperaba á los convidados.

Al entrar Jorge y Murillo, el hombre se puso en pie.

—El señor don Felipe Mondragón, dijo Caralmuro, presentándole: don Jorge Ruiz, don Eduardo Murillo.

Los tres se estrecharon ceremoniosamente las manos, y se sentaron al derredor de la mesa.

Una hora después, todavía tomaban café y platicaban como si todos fueran antiguos conocidos.